

La representación y las prácticas de la lectura

ELSA M. RAMÍREZ LEYVA

La lectura, una de las actividades más humanas y más complejas, se lleva a cabo en el marco de diferentes formas de representación que encontramos en ideas, creencias, discursos, espacios, acervos bibliográficos, actividades, prácticas, métodos didácticos, artes (cine, literatura, artes plásticas) y hasta gestos determinados por la cultura, representaciones que pueden entenderse como:

formas de comportamiento explícitas o implícitas adquiridas y transmitidas mediante símbolos, y [que] constituyen el patrimonio singularizador de los grupos humanos, incluida su plasmación en objetos: el núcleo esencial de la cultura son las ideas tradicionales (es decir, históricamente generadas y seleccionadas) y, específicamente, los valores vinculados a ellas; los sistemas de cultura pueden ser considerados, por una parte, como productos de la acción y, por otra, como elementos condicionantes de la acción futura.¹

Es decir que la estructura de cada comunidad y de cada época, de acuerdo con factores históricos, ideológicos, políticos, económicos y

1 Cf. Presentación, *En torno al sujeto. Contribución al debate* / coord. Laura Páez Díaz de León. México: UNAM, ENEP Acatlán, 1999. p. 10.

sociales, da lugar a una noción de sujeto que es representada en la realidad social, en el discurso, en las instituciones y en las prácticas.

A propósito del concepto de representación, Denise Jodelet señala que, por una parte, la representación social se define por un contenido -informaciones, imágenes, opiniones, actitudes, etcétera- que, a su vez, se vincula con un objeto -un trabajo por realizar, un acontecimiento, un personaje social- y, por la otra, por un sujeto (individuo, familia, grupo, clase, etcétera) que se relaciona con otro. Toda representación social significa algo para alguien y, por tanto, en el fondo de la representación debemos buscar sus nexos con el mundo y con las cosas,² para darles sentido y significado.

En el universo de las representaciones y prácticas de la lectura, la bibliotecología, por ser una disciplina que participa en el enlace entre los públicos lectores y los objetos bibliográficos y documentales, desempeña un importante papel social. Esta responsabilidad obliga a reflexionar sobre el lugar que los bibliotecólogos ocupamos como mediadores y el modo en que transmitimos, formamos y deformamos las prácticas sociales de lectura, es decir nos obliga a cuestionar el modo en que representamos la lectura e influimos en la formación de representaciones sociales de la lectura.

LA TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

De acuerdo con Serge Moscovici, autor de la teoría de las representaciones sociales, éstas son un sistema de valores, ideas, conocimientos y prácticas formadas mediante el intercambio ordinario que se produce en la conversación o por conducto de los medios masivos de comunicación. Gracias a dicho sistema, los individuos se orientan y adaptan a su mundo material y social, adquieren códigos para comunicarse e interpretar los diversos aspectos de su mundo y, al mismo tiempo, entienden su historia individual y colectiva. Asimismo, tales representaciones sociales los inducen a actuar de una determinada

2 *Psicología social II, Pensamiento y vida social, psicología social y problemas sociales* / comp. Serge Moscovici. Barcelona: Paidós, 1986. p. 475.

manera. El carácter social de las prácticas se debe a que provienen de un diálogo permanente, pues se construyen y transforman debido al flujo de las interacciones colectivas.

Moscovici identifica tres componentes de las representaciones sociales:

1. La información, considerada como combinación de opiniones y conocimientos concernientes al objeto.
2. El campo de representación, que es la estructura creada a partir de las relaciones entre opiniones y conocimiento.
3. Las actitudes, es decir la disposición afectiva, positiva o negativa, respecto al objeto.³

Por su parte, Abric señala que un objeto puede concebirse como una representación cuando es la prolongación de comportamientos, actitudes y normas de un sujeto o grupo dentro de un contexto social activo en donde un objeto existe para un individuo o un grupo. Dicho de otra manera, el objeto es y existe porque representa algo para alguien que lo dota de simbología y, por tanto, de sentido y significado.

Así, la representación se define como una visión funcional del mundo que le permite al individuo o al grupo atribuirle sentido a sus conductas y entender la realidad mediante su propio sistema de referencias, pues de esa manera encontrará un lugar para sí mismo en su comunidad y se adaptará a ésta. Dicho de otro modo, la representación, que funciona como un sistema de interpretación de la realidad, rige las relaciones de los individuos con su entorno físico y social, ya que determina sus comportamientos o sus prácticas, y constituye en una *guía para la acción*, puesto que orienta las acciones y las relaciones sociales. Por consiguiente, funciona como un sistema de precodificación de la realidad que determina y organiza un conjunto de anticipaciones y expectativas.

Abric le asigna a las representaciones estas cuatro funciones esenciales:

3 Cf. Dora Capozza [et al.]. *Beliefs about Internet. Methods of Elicitation and Measurement*. [en línea]
<http://www.psr.jku.at/PSR2003/12_1Capoz.pdf>

1. De saber (permiten entender y explicar la realidad).
2. De identidad (gracias a ellas cada grupo reconoce y salvaguarda su especificidad).
3. De orientación (guían los comportamientos y las prácticas).
4. De justificación (justifican las decisiones y los comportamientos).

Las prácticas sociales se sustentan en dos tipos de condiciones: por una parte, las sociales, históricas y materiales, y, por otra, el modo en que los grupos o individuos se las apropian, es decir la manera en que las integran al sistema de valores, creencias y normas.⁴

Flament afirma que las prácticas sociales son la *interfaz* entre las circunstancias externas y los proscriptores internos de la representación social. Los comportamientos globales evolucionan para adaptarse a los cambios de circunstancias externas.⁵ R. Chartier, por su parte, considera que las representaciones y las prácticas sociales reúnen tres condiciones:

1. El trabajo de clasificación y de desglose que produce las configuraciones intelectuales múltiples debido a las cuales la realidad es construida contradictoriamente por los distintos grupos que componen una sociedad.
2. Las prácticas, que tienden a:
 - a) hacer reconocer una identidad social,
 - b) exhibir una manera propia de ser en el mundo,
 - c) significar una forma simbólica, un estatus y un rango.
3. Las formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las cuales los “representantes” (instancias colectivas e individuos singulares) marcan en forma visible y perpetuada la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase.⁶

⁴ Cf. Jean-Claude Abric, *Prácticas sociales y representaciones*, México: Ediciones Coyoacán; Ambassade de France- CCC IFAL, 2001. pp. 7-32.

⁵ Claude Flament, “Estructura, dinámica y transformación de las representaciones sociales, en Jean-Claude Abric. *Op. cit.*, pp. 33-52.

⁶ Roger Chartier. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 2002. p. 56

Hoy en día, como en épocas anteriores, los objetos escritos son representaciones de la realidad a las que corresponden determinadas prácticas de lectura. En el siglo X, la estructura del texto se transformó cuando los espacios blancos empezaron tímidamente a conquistar terreno en su superficie. Surgió entonces la práctica de la lectura en silencio, intensiva, sobre una retórica apoyada en la memoria. Mucho más tarde, en la lectura del libro impreso influirán ya no sólo las conquistas técnicas, sino también una nueva forma de circulación del libro, que empezará a imponerse entre los intelectuales de la época. En la actualidad, el novedoso hipertexto hará surgir otra modalidad de lectura que remplazará a las anteriores.⁷

Cabe precisar que el acto de la lectura, en cualquier forma de representación escrita, se constituye a lo largo de tres momentos: el reconocimiento, la comprensión y la apropiación de los contenidos textuales; y que cada uno de estos tiempos cobra sentido y significado de acuerdo con los valores, necesidades y motivaciones que transforman las representaciones de la lectura y del libro, y dan así lugar a nuevas actitudes, prácticas y usos.

Roger Chartier propone una articulación entre representaciones y prácticas por medio de lo que él denomina tres polos: el texto, el libro–además de todos los objetos que llevan la comunicación de lo escrito– y las prácticas que, al apoderarse de los objetos escritos, producen usos y significaciones diferentes.⁸ Este punto de vista deja atrás las visiones parciales y, por tanto, a veces incomprensibles de los hechos que han dado lugar a la cultura escrita. En la actividad lectora, tanto en el acto como en su práctica, intervienen diferentes factores que le imprimen diferentes apariencias, pues –si se me permite la metáfora– aparece con diferentes “ropajes”, “hábitos”, según el lugar, la época, las circunstancias culturales y sociales; es decir, que su sentido y significado dependen de factores que llegan a hacer variar su valoración y, a partir de ésta, la formación de tipologías de públicos lectores y de prácticas sociales de lectura, como, por ejemplo, la lectura como

7 Cf. Roger Chartier. *Diálogo. Entrevista con Jean Lebrun*. Barcelona: Gedisa, 2000. p. 16

8 Roger Chartier. *Ibídem*, p. 19

símbolo de poder, erudición, progreso, libertad y placer, o sus opuestos: peligro, transgresión, control.

La instancia bibliotecaria creada por la sociedad articula esos polos que señala Chartier, para poner los bienes bibliográficos y documentales a disposición de los públicos lectores conforme a las regulaciones propias de cada época y colectividad. Precisamente debido a que enlaza esos dos universos, surge en la institución bibliotecaria una dialéctica estructural, porque mediante un control debe garantizar a la vez el acceso a los recursos bibliográficos e integrar la tradición y la innovación, así como también las diversas áreas del conocimiento entre sí, lo cual implica incorporar y descartar. De esta manera, el discurso bibliotecario no debería enajenarse ni crear oposiciones entre esas dos fuerzas a las que Chartier denomina restricciones y libertades. En el juego de los opuestos, la institución bibliotecaria, desde hace más de un siglo, tiende a representar una síntesis: la unificación, aunque dentro de un proceso dinámico en donde interactúan esas fuerzas, que así evolucionarán en favor del avance del conocimiento mediante el cultivo de la comprensión y la reflexión para el beneficio social, y que al mismo tiempo fortalecerán actitudes de responsabilidad colectiva.

En vista de lo anterior, la comunidad bibliotecaria, parcialmente encargada de la tarea de construir la representación de la lectura y las prácticas lectoras, así como de socializar éstas, tendrá que responsabilizarse de la obligación de reparar los efectos de sentido y significado propiciados por concepciones erráticas, basadas más en creencias que en conocimientos científicos, o bien por medidas adoptadas en situaciones que ya se han superado. Todo ello, con el fin de oponerse a la declinación y la precariedad del lazo social tendido entre la lectura y el libro de lectura. Por consiguiente, resulta imperativo revisar nuestras concepciones de la lectura y de su paso al acto, y para ello es necesario mantener, en nuestros discursos y acciones concretas, la interacción entre la teoría abstracta y la realidad, pues la instancia bibliotecaria se encuentra colocada en el lugar de la autoridad, del saber, lugar decisivo en la construcción de las identificaciones con que se forjan las personalidades lectoras. Por ello es oportuno recordar que la biblioteca sólo demuestra su plena efectividad no mediante la

impartición de cursos y la expedición de certificados, sino por vía de la promoción de la lectura en una sociedad o colectividad. ¿Cómo se manifiesta ello, cómo es posible percibir los resultados? En el estado de “salud” de las prácticas sociales de lectura, en sus síntomas, que es donde se proyecta el papel de esa institución, ahí es donde se advierten los resultados de nuestra participación en la sociedad.

De lo anterior desprendo algunas reflexiones sobre la participación de la bibliotecología como discurso, en la estructuración y la transmisión de las representaciones y las prácticas sociales de lectura, donde el lenguaje, como explica Lledó, tiene sentido y fundamento porque todo oyente puede ahí reelaborarlo, asumirlo, “practicarlo”, lo cual implica, más allá del tenso *aún* de toda palabra, una nueva especie de *aún*, una peculiar duración.⁹ Porque, como también apuntó Carlos Fuentes en uno de sus discursos: “La lengua es nuestra manera de modificar el mundo a fin de ser personas y nunca cosas, sujetos y no objetos del mundo”.¹⁰

En esta misma línea de pensamiento podemos puntualizar la importancia y el efecto de la representación plasmada en palabras que se mudan en acto, que se transforman en algo, a diferencia de lo que evoca el refrán popular según el cual a *las palabras se las lleva el viento*, pues algunas dejan huellas muy profundas y se incorporan, como señala Bourdieu, se hacen cuerpo, se encarnan, y también estructuran el inconsciente. Se instalan en nosotros. Al respecto, coincido plenamente con Michèle Petit cuando refiere que el peso de las palabras, o el peso de su ausencia, determina en gran medida la vida de los seres humanos.¹¹ Por eso conviene profundizar la reflexión sobre los modos de representar y transmitir las prácticas de la lectura, pues tienen un efecto, aunque ésta no se nos revele de inmediato, en la formación de los públicos lectores. Ésa es razón suficiente para analizar el discurso bibliotecológico sobre la lectura.

9 Emilio Lledó, *El surco del tiempo : meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, 2ª ed. Barcelona: Gedisa, 1992, pp. 188-189.

10 Carlos Fuentes, *Reforma*, 20 de noviembre de 2004, Sección de cultura, p. 2.

11 Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México: FCE, 1999. p. 53, (Espacios para la lectura. Jóvenes, Libros y Lecturas).

Debido a la complejidad de la lectura, para analizarla es preciso recurrir a diferentes disciplinas, entre ellas, sin duda, la bibliotecología, pues la experiencia práctica respecto de la problemática que le ha correspondido enfrentar históricamente ofrece elementos para estudiar de modo científico la mediación de la institución bibliotecaria, y proponer medidas para que la realice de mejor manera. Sin duda semejante tarea nos llevará a revisar el discurso bibliotecológico sobre la lectura, a formular una concepción nueva de ella y a representarla en el cuerpo de conocimientos de la disciplina, así como asentarla en la institución y en la práctica bibliotecaria. Hasta ahora, un concepto así había estado implícito como elemento estructural de nuestra disciplina, pero hoy ha empezado a manifestarse de modo explícito en los ámbitos de investigación y en la formación bibliotecológica. Y precisamente ahora, cuando el tema de la lectura está presente en el debate académico, educativo, cultural, político y hasta económico, se le ofrece a la comunidad bibliotecológica la oportunidad de innovar concepciones y discursos sobre la lectura. Ello significa someter a examen el paradigma sobre el que hemos sostenido la formación y transmisión de las prácticas sociales de la lectura con un predominio de la lectura escolarizada e informativa. En efecto, hemos orientado los espacios y acervos para el estudio, la investigación y la consulta, porque hasta hace poco tal era el sentido generalizado de la lectura. Sin embargo, cabe preguntar si hemos logrado representar, arraigar y difundir el espacio grato para la realización de la lectura estética, la que convoca a emocionarse, a soñar y a imaginar, esa lectura que demanda un tiempo sin tiempo, solitaria o compartida, pero emprendida por placer y que a veces también invita a la charla, para hacer de ella otra práctica posible. Por lo general, en nuestro ámbito, la lectura recreativa se considera una responsabilidad exclusiva de la biblioteca pública o escolar, pero cabría considerarla también en los espacios de otros tipos de bibliotecas, como es el caso de las académicas y especializadas.

El contenido de la representación de la lectura ha variado en conformidad con los modelos culturales y sociales determinados por factores económicos, políticos, religiosos, tecnológicos, etcétera, aunque prevalecen en él creencias sobre la lectura heredadas de los discursos y prácticas religiosas y pedagógicas que datan de la Edad Media,

las cuales idealizan las virtudes y satanizan los peligros asociados con el acto de leer, y todavía orientan algunos discursos políticos, pedagógicos, bibliotecológicos y culturales. No debe olvidarse que en algunas épocas de su larga trayectoria, e incluso hoy, la lectura ha sido prohibida y perseguida, o convertida en un derecho, aunque también en una obligación, si bien cada vez se la concibe más como una actividad placentera, gozosa.

Los progresos alcanzados en el estudio del fenómeno de la lectura basado en métodos cualitativos y procedimientos estadísticos están modificando los supuestos existentes sobre la relación entre los lectores y la lectura, el libro y la biblioteca, así como sobre los efectos de la lectura; además de haber hecho caer por tierra la equivocada suposición de que un alfabetizado o incluso un egresado del sistema escolarizado era, en consecuencia, un lector capacitado.

El interés por crear una práctica asidua de la lectura que sea capaz de impulsar un enriquecimiento del capital cultural y lingüístico ha inducido a revisar la calidad y variedad de los textos que se proponen para realizarla, que hasta hace unas cuantas décadas no se distinguían de los destinados a la enseñanza escolar, pues prevalecía la idea de que la educación aseguraba esa práctica y la convertía en un hábito y una afición basados en el gusto. Pero una de las paradojas que han quedado al descubierto es el *iletrismo*. Al respecto, en un sondeo que llevé a cabo recientemente entre alumnos de primero y último semestres de carreras de ciencias y humanidades, con el fin de conocer los efectos de su contacto con la *Internet*, encontré que actualmente esos estudiantes le dedican a la lectura por gusto un promedio de tres horas a la semana, en tanto que navegan en la red, por puro entretenimiento, unas dos horas diarias.¹² Por su parte, los profesores universitarios señalan que el alumnado, en general, además de tener escasas habilidades de lectura, muestran desagrado por ella, y que por esa causa se ven obligados a idear y adoptar estrategias que relegan la

12 Elsa M. Ramírez Leyva. "El efecto de Internet en las prácticas de lectura y en los modos de informarse de la comunidad académica: el caso UNAM", en *Profissional da Informacao: o espaço de trabalho*. Brasília: Thesaurus, 2004. p. 189 (Estudos Avançados em Ciencia da Informação; 3)

práctica de la lectura. Con frecuencia, este problema se extiende en niveles sociales que no tienen dificultades económicas, pues personas con recursos económicos tampoco leen.

Actualmente los bibliotecólogos se encuentran en una situación incómoda causada por la excesiva diversidad de ofertas de lectura y de información, además de una gran profusión de literatura de entretenimiento cuya superficialidad habitúa a un exiguo esfuerzo intelectual. Por si ello no fuera bastante, se tiende además a concebir prácticas de la lectura desligadas de la escritura. De todo eso resultan, pues, una lectura precaria y la amenaza de un creciente *iletrismo*: la formación de personas con altos niveles de escolaridad, incluidos los de enseñanza superior, que apenas leen lo estrictamente indispensable. Las evaluaciones nacionales e internacionales sobre las capacidades de lectura como efecto de la calidad educativa del nivel básico han puesto de relieve con mayor nitidez la gravedad del problema. En este contexto, los gobiernos están impulsando programas de lectura que intervienen en diferentes instancias, entre ellas el sector bibliotecario, el cual ha sido convocado para sumarse con propuestas que impliquen un nuevo discurso y, por consiguiente, formas inéditas de representar y practicar la lectura.

Lo anterior no es un tema reciente. Hace algunas décadas, allá por los años cincuenta, la UNESCO empezó a considerar el fomento de la lectura como una de las misiones de la biblioteca pública. El interés de despertar en los niños y jóvenes el gusto por la lectura, y de formar así adultos que aprecien y aprovechen los libros empezó a expresarse en los discursos y algunas acciones concretas. Por el mismo motivo, se creó un organismo regional en América Latina, el CERLALC. Pero algo extraño ha sucedido, pues si bien en un poco más de cincuenta años se consiguió reducir notoriamente la proporción de analfabetos, incrementar el número de personas que han recibido educación básica, multiplicar el número de bibliotecas, diversificar la producción editorial y facilitar el acceso gratuito al libro, a la población la lectura sigue pareciéndole una actividad poco grata. Se insiste en que la escasa lectura empobrece el capital lingüístico, y que esto, a su vez, constituye una barrera para aprovechar los libros. También se aprecia una tendencia general a dedicarle menos tiempo a la lectura por gusto,

pues la mayor parte de la gente lee por obligación. El discurso de los años cincuenta se limitó a referirse a un sector de la población: niños y jóvenes, y soslayó a agentes fundamentales: los padres y los profesores, a quienes la lectura escolarizada no necesariamente acercó a la práctica de la lectura por gusto, y ahora vemos las consecuencias de ese error. El gusto por la lectura no puede “transmitirse” de la misma manera que un conocimiento, un saber. Precisamente en las voces de los lectores encontramos ese saber sobre la lectura que los mediadores desconocemos o quizás olvidamos, tal vez porque ciertos supuestos se convierten en obstáculos que impiden conocer diferentes representaciones de la lectura, pues no se trata sólo de un asunto de destreza. Algunos estudiosos han demostrado que en esas representaciones aparecen temas como la transgresión y hasta traición a familias excluidas de esa posibilidad; para otros más representa sometimiento, rebeldía, miedo, terror a la falta, fisura, invasión; pero también hay quienes ven en la lectura liberación, descubrimiento, construcción de circunstancias diferentes a las propias, nuevas sociabilidades, individuación, compañía ante la soledad, complicidad entre el lector y el autor, pérdida de control, conocimiento de la diferencia, cura para el dolor. O, como dice un lector oaxaqueño: “Cada letra leída es como un grano de maíz comido”.¹³

En suma, debemos recordar que los mediadores estamos colocados en el lugar del saber. Pero, también, que necesitamos del saber de los lectores para construir un discurso teórico capaz de modificar las representaciones y las prácticas de la lectura. Debemos conocer el estado de la lectura, el proceso de conformación de las prácticas sociales, la existencia de diferentes comunidades de lectores y de no lectores, pues respecto de la lectura, el libro y la biblioteca, nos ofrecen elementos para lograr la interacción entre teoría y práctica.

Para concluir, diremos que el estudio de la lectura nos coloca ante un problema epistemológico, puesto que debemos inaugurar una nueva relación metodológica entre el sujeto que conoce y el sujeto por conocer; asimismo, hemos de considerar que la representación

13 Michel Peroni, *Historias de lectura. Trayectoria de vida y de lectura* / trad. Diana Luz Sánchez, México: Fondo de Cultura Económica, 2003. p. 23.

que cada quien tiene de la lectura se enmarca en la relación transfe-rencial entre sujetos, de modo que un trabajo “arqueológico” fundado en los discursos del lector y del bibliotecario nos permitirá despejar el intrincado tejido que conforma el contenido de las representacio-nes para esclarecer los conceptos a la luz de nuevas ideas sobre la lec-tura, derivadas del saber obtenido mediante los estudios cualitativos. Todo esto con el fin de reformular el lazo social que debe establecer la institución bibliotecaria entre el universo de los objetos escritos y los públicos lectores; es decir, de transformar concepciones de la lectura que responden a otras épocas y a un capital cultural totalmente distin-to del contemporáneo.

Así, podemos sintetizar que las formas de representación escrita han dado lugar a normas y generalizaciones sobre los modos de leer de los individuos y los grupos sociales, de acuerdo con el contexto social, histórico y tecnológico de la época en que surgieron y se de-sarrollaron. Así, encontramos que, a lo largo de la historia, se han su-cedido diferentes prácticas: la lectura en voz alta, en silencio, inten-siva, extensiva, placentera, obligatoria, técnica, mecánica, utilitaria, pública, privada, como privilegio y como derecho, para emancipar o para esclavizar. Por tanto, cabe preguntar qué cambios y qué nuevas prácticas de lectura surgirán en el contexto de nuestros días, conver-tido poco a poco en una sociedad de la información mediada por la tecnología y la comunicación, así como por profusos mensajes escri-tos y audiovisuales, dentro de una estructura de poder donde interac-túan libertades y sometimientos, implícitos y explícitos, que crean una tensión entre la circulación de los textos y el contexto del lector. En ese marco, la institución bibliotecaria es una mediadora cuya tarea nunca resulta fácil, pues su equilibrio puede verse comprometido por la tirantez que la propia sociedad ocasiona entre la libertad y las res-tricciones impuestas a la circulación de información y a las prácticas de lectura.

BIBLIOGRAFÍA

- Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona: Gedisa, 2002. 276 p.
- Fuentes, Carlos, *Reforma*, 20 de noviembre de 2004, Sección de cultura, p. 2.
- Lledó Iñigo, Emilio, *El surco del tiempo: meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, 2ª ed. Barcelona: Gedisa, 1992. 231 p.
- Peroni, Michel, *Historias de lectura. Trayectoria de vida y de lectura* / trad. Diana Luz Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica, 2003. 171 p.
- Petit, Michèle, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: FCE, 1999. 199 p. (Espacios para la lectura. Jóvenes, Libros y Lecturas).
- Abric, Jean-Claude (coord.). *Prácticas sociales y representaciones*. trad. José Dacosta Chevrel. México: Coyoacán, 2001. 226 p. (Filosofía y cultura contemporánea).
- Moscovi, Serge (comp.). *Psicología social. II Pensamiento y vida social, psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós, 1986. 645 p.
- Ramírez Leyva, Elsa M., “El efecto de Internet en las prácticas de lectura y en los modos de informarse de la comunidad académica: el caso UNAM”, en *Profissional da Informacao: o espaço de trabalho*. Brasília:Thesaurus, 2004. p. 179-223 (Estudos Avançados em Ciencia da Informação; 3).